

Catarsis de Destrucción

Arik Eindrok

*Catarsis de destrucción para soñar eternamente
como una manera de metamorfosear la existencia
en su opuesto mediante la muerte y, así,
 plasmar la última poesía que eclipsará mi corazón.*

I

No había ningún lugar a donde ir, ningún lugar que pudiera llamar hogar. Todo estaba perdido, todo estuvo siempre hecho trizas. Me engañé patéticamente para continuar, pero hoy sé que solo el suicidio podrá ilustrarme con la magnificente luz de la verdad.

Las marionetas continuarán con su absurdo acto en este ridículo teatro. Es así como el mundo humano ha de perpetuarse, aunque no tenga ningún sentido.

El mundo ya debe terminarse, el sufrimiento es cada vez más imperante y los días cada vez más insoportables.

Los gritos me ahogaron en aquel anochecer suicida donde había decidido poner fin a mi tragicómica y triste existencia para fundirme con el vacío y no volver a saber de mí jamás.

No quedaba nada en mí, no había ni el más mínimo interés en una vida que siempre me había sentido forzado a experimentar. Lo mejor era, entonces, desprenderme de este cuerpo y abandonar esta estúpida realidad por la eternidad.

Las rosas negras caen del cielo, la pistola que sostengo en mi mano es lo único que me acompaña ya. El sonido de un piano me cautiva, es cada vez más cercano. Y mi muerte no podría ser más inminente, más adecuada, más elegante.

Sabíamos que los corazones cambiaban, que los sentimientos eran extraños. Lo que no imaginábamos era el avasallante dolor que nos produciría este amor y la forma tan trágica en la que se despedazaría lo único que alguna vez tuvo sentido para los dos.

Y, si pudieras curar un poco las heridas de mi corazón, ¿no sería eso suficiente para que pudiéramos amarnos hasta que el suicidio pusiera fin a nuestro complicado romance?

Incluso el amor que sentía por ti se ahogó en la marea de mi depresión y desapareció en los abismos de mi locura.

No comprendo que se aprecie tanto la vida, pero ¿qué se le va a hacer? Dejemos que sigan engañándose esos seres hambrientos de dinero, sexo y poder.

La idea del suicidio es lo más inefable que pueda existir en la vida y lo único que me queda para continuar en esta batalla de antemano perdida.

La vida es cruel y absurda, por eso es mejor no estar mucho tiempo en ella.

El tiempo es la única ilusión de la que nunca dudamos y la que mejor nos consume.

Nuevamente despertar en esta realidad execrable, ¿hasta cuándo seguiré enloqueciendo y padeciendo los efectos de esta existencia anómala y ridícula?

La existencia humana es jodidamente absurda, pues consiste en un constante entrenamiento para obtener dinero, poder y reproducirse. Lejos de eso, no hay mucho más que se pueda o quiera hacer.

Todos mienten, es mejor saberlo antes de decirse enamorado y feliz.

En la mayor agonía comprendí que ya ni siquiera me importaba plasmar ideas, pues lo único que esperaba era descansar en paz por siempre.

¿Qué tiene la vida de interesante? Fácil: la muerte.

Es incluso una ironía saber que el humano esparce tanta estupidez, depravación y maldad en su ridículo viaje por este mundo inicuo.

El mundo, en resumen, está infestado de seres que carecen de todo sentido, que matan sin piedad y que ambicionan bagatelas; todo eso y más sin cuestionarse si merecen estar vivos.

La vida es un funesto paseo por uno de los más horribles infiernos, y creo que venir a este mundo debe ser un castigo más que celestial.

En realidad, es indiferente si nos suicidamos al despertar o no. El mundo seguirá pudriéndose, la humanidad reproduciéndose y este triste y absurdo teatro continuará su patética función.

Lo mejor y lo más sensato que el ser puede hacer es evitar reproducirse y suicidarse tan pronto como tenga la oportunidad.

Si hay algo que odio, es haber nacido; mucho más en este mundo, mucho más siendo humano, mucho más siendo yo.

Tanto escándalo hicieron esos infames monos a mi alrededor para que al final el silencio fuera mi única compañía al momento del suicidio.

Llorar... Sí, llorar tan abundante y desconsoladamente como fuera posible. Tan solo eso quedaba cuando la desesperación de existir en esta horrible realidad era demasiado fuerte.

Te amé, lo que sea que eso signifique, lo que sea que tú entiendas por eso. Sí, te amé más de lo que debería haberme amado a mí mismo.

Lo deprimente que era mi vida era algo a lo que ya me había acostumbrado, a lo que aún no me hacía a la idea era a vivir mucho más tiempo así.

Todo es absurdo, no hay nada que realmente valga la pena. Sí, ya nada por qué luchar ni qué desear, ninguna razón para no colgarme esta melancólica y lluviosa tarde de verano.

¡Demonios! ¿Por qué tenemos que comer? Es una necesidad de lo más impertinente y ridícula, aún más sabiendo que lo vamos a defecar en algún momento.

Y tan solo en sueños podía todavía alucinar con la inexistencia absoluta, con mi muerte repentina, con mi suicidio sublime.

La pesadez y el hastío de existir son algo con lo que no se puede ni se debe lidiar por mucho tiempo, pues lo mejor será siempre darles la contra con un buen disparo en la cabeza.

Jugaba con el cuchillo, lo pasaba por mi cuello y me emocionaba la sensación. Pero me deprimía al saber lo cobarde que era para realizar lo que más añoraba en mi insensata imaginación.

II

Suicidarse es muy bueno, sí; pero suicidarse a temprana edad es algo mucho mejor.

La existencia es algo sumamente indeseable, algo que debería ser abolido cuanto antes.

Me gustaba mirarte fijamente, pues eso me proporcionaba un poco de tranquilidad en esta apabullante tormenta que es mi miserable existencia.

Debo admitirlo: cuando te vi por vez primera, jamás imaginé que llegaría a amarte tanto ni tampoco que llegaríamos a sufrir tanto como consecuencia de este amor trastornado.

Ya no queda nada en mí para continuar, creo que es momento de recurrir al cálido abrazo del suicidio y descansar por siempre en paz.

El suicidio era entonces lo único que me quedaba, mi única esperanza en una vida tan absurda como asquerosa.

Esos momentos donde aún tenía ganas de hacer algo se han desvanecido para jamás volver, ahora lo único que añoro con todo mi ser es la inexistencia absoluta.

Ojalá que cuando muera no reencarne ni vuelva a tener consciencia de ser yo, pues ya suficiente he tenido con soportarme este tiempo donde he fingido que vivo.

El holograma tiene algunos defectos y el mayor de ellos parece ser el amor, pero no el humano, sino el amor puro; ese que dura menos que un suspiro y que no tiene nada que ver con el contacto sexual, ese que trastorna el alma y evoca a la muerte.

La pseudorealidad es muy fuerte, creo sinceramente que nadie puede darle la contra ni escapar de ella por completo, pues siempre sabe nuestros mayores miedos y defectos.

Y, al final, ni siquiera el amor es tan sagrado como el suicidio; no para un loco pesimista sin anhelos de existir.

Realmente no entendía por qué tenía que existir; es decir, ¿qué sentido tenía vivir lo mismo todos los días? ¿Por qué todo parecía tan irrelevante, patético, absurdo, humano y miserable? Toda la existencia no era sino un cúmulo de desgracias y contradicciones que enfermaban la mente.

Ahora ya solo espero una cosa de esta vida: escapar de ella y reír eternamente con la muerte.

Quizás exista un propósito que no puedo vislumbrar para estar aquí... En fin, ¿a quién quiero engañar? ¡Estoy al límite de todo, a punto de matarme para saborear finalmente un poco de auténtica libertad!

Despertar nuevamente se sentía como estar en una prisión de la cual no era nada fácil escapar y, acaso, ni siquiera existía tal posibilidad.

Así es el humano: un ser sin el más mínimo ápice de espiritualidad; es ruin, mentiroso, egoísta, infiel, materialista, consumista, adicto al sexo y al

dinero. ¿Qué otra definición se podría dar que resumiera tan bien a tan repelente y absurda criatura?

Todos mienten, esa es la realidad. Lo conveniente, quizás, es buscar a alguien cuyas mentiras podamos medianamente tolerar.

Todas las relaciones se reducían a sexo y a nada más. Así de vacía e inútil era la interacción que se buscaba matizar con amor por los humanos.

Te extrañaba demasiado, pero también entendía que mis deseos solo te hacían daño.

Y, aunque pensaba que nuestro amor sería diferente, terminamos por arruinarlo todo. Sí, también supimos entonces que no quedaba nada ya, que estábamos igual de consumidos por la pseudorealidad y que tan solo el suicidio podría remediarlo todo.

No sabes lo que daría por reflejarme en el fulgurante destello de tu mirada una vez más, pero no creo que sea posible. Creo que mi única alternativa antes de matarme es imaginarte como el primer día que te vi: hermosamente ajena a mí.

Podría decir muchas cosas más, pero la verdad prefiero callar; prefiero solo observar cómo el dolor me apabulla mientras tú sonríes en un mundo donde ya no hay lugar para mí.

¡Qué difícil es intentar respirar un poco más cuando en realidad lo único que quieres es ahogarte cuanto antes!

Solo la muerte imperaba ya en el derruido universo donde fui un pésimo protagonista de una historia que jamás debió haber existido.

Y, aunque nuestro amor haya fenecido, quiero que sepas que aún te amo, que aún pienso en ti y experimento convulsiones cromáticas que alborozan mi espíritu hasta el más allá.

Debí darme cuenta antes de que jamás serías para mí, de que tu corazón ya palpitaba por alguien más y de que todo lo que sentimos no fue sino una quimera en mi triste y patética realidad.

Los humanos ya no deben existir, la gran purificación debe comenzar cuanto antes. Solo así este mundo será al fin iluminado y los muertos conocerán su propia redención.

Ya no aguantaba existir, era algo más que una simple idea; era lo que carcomía mi interior día con día, era todo lo que podía simbolizarme en un mundo tan insustancial como este.

Estaba de más dar explicaciones, lo más conveniente era dispararse de una buena vez; así sin pensarlo mucho, sin soñarlo más.

La conjugación de sentimientos en la que me sumerge tu contemplación aún me tiene embelesado, aún me sostiene en este mundo aciago del que busco irremediablemente escapar, pero que, al mismo tiempo, me hace dudar, pues sin ti, más allá de la muerte, no quiero estar.

Lo mejor es no confiar en nadie ni proponerse nada, simplemente dejarse llevar por el aroma de la muerte, por esa fragancia tan dulce que nos

habrá de consolar en un posible más allá.

Pensaba que quería hacer algo en la vida, pero no sabía qué, al menos hasta hoy. Sí, hoy sé qué quiero hacer: matarme.

Opacado por el absurdo y el hartazgo de existir, sofocado por la angustia y la desesperación más dolorosa es como todavía pretendo que vivo, aunque lo que más deteste sea justo eso.

III

La vida no tenía ningún sentido, esa era la inevitable conclusión de tantas noches de insomnio y reflexión. Entonces solo quedaba algo por hacer, una última poesía por escribir, una última pintura por plasmar, una última sinfonía por componer... Y todo apuntaba irremediabilmente al encanto suicida.

Y sí, para soportar la existencia efectivamente había que autoengañarse de una u otra manera, pues sino, ¿cómo no suicidarse en esta realidad tan blasfema tan pronto como comenzamos a tener consciencia del martirio que simboliza existir?

Estoy tan aburrido de todo que tengo miedo de que también me aburra la muerte, pues es ya lo único que espero.

Los sentimientos humanos son la cosa más patética y fútil que existe. Por eso, es mejor deshacerse de ellos cuanto antes si no se quiere sufrir todavía más.

Al fin y al cabo, después tantos tratamientos psiquiátricos y terapias, solamente tenía ya un problema: existir. Y, desgraciadamente, no había cura para ello; al menos no en vida.

No recuerdo la última vez que fui al psiquiatra, solo recuerdo que hubo algún tiempo donde no todo era gris. Y es que las pastillas, pese a todo, conseguían suavizar un poco la tormenta de psicóticas y depresivas ideas que atiborran mi mente.

La mezcla de emociones que me provocó tu llegada no podría compararla con nada y veo que no me equivocaba cuando de ti a la muerte con tanto esmero le platicaba.

Cualquier creencia termina por carecer de sentido, cualquier situación por aburrir, cualquier actividad por asquear... Ese es el inevitable destino de lo que no debe ser, esa es la desesperación de existir en su máximo esplendor.

La soledad era doblemente peligrosa y eso solo lo comprendí el día en que renuncié a ti luego de verte con él fornicando.

Ya no hay inspiración ni ganas de nada, todo lo que soy es una débil llama que espero, con todo mi ser, la muerte apague pronto y para siempre.

¿Para qué despertar? ¿Para qué fornicar? ¿Para qué existir? En ningún lado había una respuesta definitiva, todo lo que había eran ecos de supuestas verdades humanas.

Porque cuando pensaba en ti sentía un irrefrenable deseo de hundirme en tu mirada, de fundirme con tu espíritu y de enloquecer en tu boca.

Y, cuando me acuerdo de ti, siento que podría enloquecer al besarte y morirme dentro de tus labios.

Tan solo puedo decirte que, de todos los infinitos que pudieran existir, el de tu hermosura es el más infinito.

Tu belleza no tiene principio ni final, pues es como el universo: inmenso y en constante expansión.

Lo único que verdaderamente me aterraba de la muerte era pensar que no sería eterna.

No conozco mejores frases para animar a alguien que estas dos: “ya no debes existir” y “debes morir ya”. Cualquier otra cosa que se diga no será sino hipocresía, engaño o tonterías.

No dejo de pensar en cuán engañados estamos como para creer que el sentido que nosotros mismos no podemos darle a nuestra miserable existencia se lo dará alguna persona o actividad.

El inefable océano de la muerte se precipita sobre la deplorable isla de podredumbre que es mi vida y, con cada ola, siempre más intensa, me siento más y más tentado a ahogarme en su infinita misericordia con la esperanza de no volver a saber de mí jamás, ni siquiera en ningún otro mundo, dimensión o lo que sea. Lo único que anhelo es la infinita inexistencia absoluta.

Cada noche que decidimos no matarnos es otra batalla perdida en contra de nuestra verdadera esencia.

Decidió suicidarse, en un espléndido acto de amor y sublimidad, para que nadie más pudiera volver a hacerle ningún daño, ni siquiera él mismo.

El mayor autoengaño que cometemos día con día es pretender que existirá un mañana, un futuro, un nuevo amor, un nuevo comienzo; en resumen, que existirá algo más allá de la vomitiva cotidianidad de nuestra absurda existencia.

Desde mi perspectiva, el suicidio es lo más hermoso que puede llevar a cabo una persona, pues no existe ni existirá mayor libertad que la de quitarse la vida; una vida que, ciertamente, ni siquiera tenemos certeza de haber solicitado.

Tan solo un vil demente, en su más obscena imaginación, pudo haber diseñado una existencia tan desesperante y trivial como esta.

La desesperación de existir es un estado del ser que no puede ser curado ni olvidado con nada, tan solo puede ser controlado y atenuado mediante los más potentes autoengaños o medicamentos psiquiátricos.

Nunca ames a nadie más de lo que te amarías a ti mismo y nunca odies a otros menos de lo que te odiarías a ti mismo.

La gran ironía del ser es que pasa toda su vida creyendo cualquier tontería y persiguiendo cualquier bagatela para intentar darle un sentido a su vida y, cuando cree haberlo conseguido, viene la muerte y lo destruye todo en un instante.

“¡Doctor, siento que ya no puedo más! ¡Ya no soporto esta existencia ni un día más, creo que me estoy volviendo loco...!”, dijo él. Y entonces el doctor, con una mueca de ironía y solemnidad, replicó: “Y ¿quién no? ¿Acaso existiría un solo ser que, tras reflexionarlo profundamente, no enloqueciera en este mundo absurdo y repugnante?”

El desamor es algo horrible, pero el amor..., el amor es algo mucho peor.

Prefiero ser odiado por mi horrible sinceridad que amado por mis bonitas mentiras.

Hoy al despertar tuve la sensación de que realmente ya no quedaba nada, ya no existía ninguna razón para seguir viviendo. Y, aun así, sigo aquí sin poder suicidarme, aborreciéndolo todo y embriagándome para soportar una noche más. Si eso no es estar en absoluta miseria existencial, entonces solo falta que me haga el amor la muerte.

Es que, la verdad, jamás pude entender a esas personas que decían conformarse y regocijarse con las “pequeñas y simples cosas de la vida”. ¿No es eso algo realmente patético y demasiado humano? Para mí, sí que lo era. ¡Tan solo un ridículo consuelo para aceptar lo miserable que es existir en esta horrible realidad!

Y aún más risible que mi humana existencia era el hecho de divagar constantemente con experimentar otra existencia más allá de esta funesta realidad.

IV

Tantas esperanzas y tanto esfuerzo pone el absurdo ser de dos patas que camina estúpidamente sobre este deplorable mundo para que al final la muerte lo derrumbe todo.

¿Qué podría ser más estúpido y ridículo que sentirse a gusto en este mundo nauseabundo? Incrustado en esta absurda realidad, en esta patética existencia, siendo parte de esta infame humanidad, preso en este inútil cuerpo y, sobre todo, perpetuando este error universal.

Ni ella ni nadie más podía entenderlo. Ni mis padres, ni mis amigos, ni mi psiquiatra, ni mi psicóloga, ni mi esposa, ni mi perro, ni mi gato, ni siquiera yo... ¡Jamás nadie podría entender que lo único que añoraba desde el fondo de mi corazón era suicidarme!

Toda esta existencia, estos seres que contaminan este planeta, estos edificios, esta música, este arte, estos libros, estos versos... ¡Qué asco sentía de todo! Si tan solo fuera posible volver el tiempo y asesinar a mis padres, ¡sería perfecto!

Y, cuando salía a las calles, un odio irracional y blasfemo me invadía, pues no soportaba mirar ni escuchar a las personas. Su simple existencia me producía náuseas y una repugnancia insana. ¿Por qué? No lo sé. Solo sé que, en mi mente, lo único en lo que podía ya pensar era en una sola cosa: destruir este mundo y a la raza humana.

No conozco frase más tonta que aquella que dice: “todo pasa por algo”. Solo basta analizar a aquellos que la dicen para darse cuenta de que el chiste se cuenta solo.

Tal vez la gran maravilla de la especie humana esté en ver cosas donde no las hay. Tenemos muchos ejemplos de ello, como es el caso de dios o cualquier otra entidad “superior” a la que tantos ingenuos rinden plegarias y celebran ridículos rituales. Pero, sin duda, la más grande maravilla del ser está en autoengañarse tan jodidamente bien como para pensar que su miserable, patética y estúpida existencia tiene un sentido y es importante. Y, sobre todo, cuando no existe absolutamente ninguna evidencia de ello, sino todo lo contrario.

La única verdad que se necesita para poder ser “feliz” en una existencia tan insana como esta es estar engañado el mayor tiempo posible; y, de preferencia, todo el tiempo.

Si existe algún dios, no le importamos un carajo. Y, si no existe, entonces no importa un carajo lo que hagamos, por muy execrable que pueda ser.

Sin duda, la indiferencia, hablando de un dios o entidad superior, no podría equivaler a otra cosa que no fuera la maldad más recalcitrante.

La soledad es el principio de algo maravilloso, ahora lo sé bien. Si no fuera por ella, jamás habría llegado a este estado: al borde del suicidio.

Muchas personas hablan de un cambio radical en sus vidas, pero ¿qué podría ser? Es evidente que cualquier cambio conduciría al mismo sinsentido, a la misma sensación de vacío y aburrimiento. Entonces no queda otro cambio por hacer sino suicidarse, ¡eso sí que marcaría la diferencia!

¿Quieres ayudar al mundo? Yo te tengo una sugerencia: usa el método que quieras, pero ¡cesa de existir tan pronto como puedas!

Realmente a nadie le interesa nadie más, tan solo buscamos el provecho que podamos obtener de las personas y cuánto puedan servir para nuestro beneficio. Más allá de eso, si nos aman o nos odian, si viven o mueren, si están o ya no, todo eso nos importa un bledo.

En verdad es casi un milagro que la especie humana, en su mayoría, esté todavía tan ciega y adoctrinada, pues, de otro modo, ¿no habría ya ocurrido una pandemia de suicidios?

Y, cuando salgo a las calles y miro pasar a todos esos seres cuya existencia no es sino solo producto del caos y la estupidez, no puedo pensar en otra cosa que no sea la inexistencia absoluta.

Seamos sinceros: ¿cuántas de las personas con las que nos hemos cruzado a lo largo de nuestra irrelevante existencia no deberían morir? Es más, jamás deberían haber existido.

Según veo las cosas, creo que los conceptos han sido mal entendidos: esta vida es el infierno y dios es, indudablemente, la muerte.

Hace tiempo que perdí la esperanza en la humanidad, en el mundo y en mí mismo. Ya no me interesa hacer nada ni luchar por nada, tan solo sigo existiendo estúpidamente con la única esperanza de que pronto, en verdad muy pronto, tenga el valor para colgarme.

Y, si esta nauseabunda existencia es, como dicen tantos palurdos, una bendición, ¡no me quiero ni imaginar cómo sería si fuera una maldición!

Lo mejor que se puede hacer es no hablar con nadie, pues la mayor parte de las personas solo hablan cosas sin sentido e intentarán que pensemos como ellos. Eso, desde luego, nos incluye a nosotros también; y por eso es mejor no hablar con nosotros mismos tampoco.

¡Oh, existencia infernal y sin sentido! ¿Hasta cuándo continuaré retorciéndome miserablemente en tus absurdas obras? ¿Hasta cuándo se dignará la muerte de envolverme entre sus misericordiosos brazos?

Entonces era mejor no pensar, no reflexionar, no leer, no cuestionar, no duda, no escuchar, no escribir, no hacer, no ser, no existir...

Sí, desde cierta perspectiva era yo un hombre simple, pues solo tenía una necesidad básica en mi vida: morir.

Y cualquier otra cosa que no sea el suicidio ya me parece tonta, absurda, ridícula, estúpida y demasiado humana.

Arrinconado en mi cama, ebrio y drogado, lloraba como un niño recién nacido precisamente añorando con todo mi corazón lo opuesto: ser un recién muerto.

¡Vaya delirios de un pobre esquizofrénico! Eso fue lo que pensaron todos cuando vieron lo que había hecho. Sí, es cierto: se había quitado la vida demasiado joven, pero también demasiado pronto había entendido lo que aquellos imberbes jamás podrían vislumbrar en toda su vida: la muerte era lo único real.

Lo mejor de la vida es que, tarde o temprano, se termina.

Cada día las personas parecen ser más tontas, y lo más grave del asunto es que parecen sentirse a gusto en tal estado cada vez más.

Lo peor que puede hacer una persona no es matar a otra; eso es algo que, por el contrario, debe agradecerse. Más bien, lo peor que puede hacer es engendrar a otra.

La manera más triste de comenzar un nuevo día es darse cuenta de que va a ser un día tan estúpida y asquerosamente irrelevante como el anterior y, desde luego, como todos los días futuros, puesto que esa es la principal característica de la existencia: la irrelevancia.

Y, siempre que podía, fantaseaba con matar a todos a mi alrededor. Ya fuera de manera pacífica o sangrienta, eso no importaba. El punto era extinguir a tantos humanos como fuera posible y, así, purificar un poco este mundo de sus nauseabundas y torpes acciones.

Creo que, de existir el infierno, no sería muy diferente al mundo que conocemos. De hecho, tal vez el infierno no es un lugar, sino una condición: la infernal condición de existir y más aun siendo humano.

V

Y, cuando te vi por primera vez, no pude evitar pensar que finalmente había conocido a una persona cuya locura encajaría perfectamente con la mía.

Tú me enloqueces, me incitas a delirar con tu boca devorando la mía, impregnándome de tu alma hasta el rincón más profundo de mi ser.

Sabía que lo nuestro no funcionaría, que muy pronto colapsaría esta fantasía. Pero decidí hacer caso omiso, porque preferí tenerte solo por un efímero tiempo a no tenerte nunca.

Estar contigo me embelesa, pues una sola de tus caricias me hace sentir sumamente elevado; tanto que imagino, ilusamente, no volver a mi cuerpo jamás mientras consumes mi ego durante la colisión más espectacular de pensamientos, trastornos y almas.

No era que no quisiera estar contigo, era que ya ni siquiera quería estar conmigo. Lo único que quería ya era no estar en ningún lado, en ningún momento, en ningún cuerpo, en ninguna existencia...

Lo que admiro de la condición humana es esa facilidad para poder someterse a una existencia absurda encasquetada en una realidad horrible que no podría ser sino el más vomitivo resultado del azar.

Sí, existir es increíblemente odioso y este mundo no es el lugar idóneo para que fluyan sentimientos como los que tengo por ti, pero me es imposible proseguir este anodino viaje sin decirte cuánto te amo y cuánto me reconforta saber que, dentro de poco, nuestros pies colgarán juntos bajo el mismo árbol.

¡Qué triste es la especie humana que debe inventarse toda clase de entidades ilusorias, paraísos, infiernos, dioses, espíritus, realidades alternas y demás bagatelas para intentar, incluso de manera inconsciente, darle un poco de sentido a su miserable existencia!

La gran ironía de esta vida es saber que podemos hacer y creer lo que queramos, y que, al final, nada de eso importa en absoluto, pues moriremos irremediabilmente.

¿Qué sentido tiene hacer algo, aunque sea lo más relevante, cuando sabemos que el caos siempre tenderá a desordenar y arruinarlo todo? Mejor es, entonces, no hacer nada, no ser nada, no ser, no y ya...

El problema del ser es la imposibilidad que tiene para admitir que, en realidad, nada de lo que es, hace y dice tiene sentido, y que su existencia no es, desde ninguna perspectiva, algo sagrado ni importante.

Los humanos hablan mucho, pero, cuando se trata de hacer, sus vidas no son sino todo lo contrario a lo que predicán con tanto fervor, pues, en el fondo, aman hacer aquello que condenan en otros.

Festejar un cumpleaños es en realidad una tontería, pues es solo un recordatorio de haber existido absurdamente un año más en esta miserable realidad; aunque, por otro lado, tal vez sí deba festejarse, pues ya nos encontramos un año más cerca de la muerte.

El aroma de la muerte me deleita con sus excesivas cualidades, mientras que el de la vida me asquea con sus superfluas necesidades.

La temporada de suicidios está aquí, y con ella, lo sé bien, se evaporarán mis últimos anhelos de permanecer aquí.

El ladrido de los perros era lo único que escuchaba en la lejanía mientras mi sangre escurría de mi garganta rajada, y en verdad ya todo daba igual en aquellos momentos de última devastación. En breve, habría cumplido mi cometido: extirparme de esta realidad anómala por la eternidad.

¿Qué más podríamos ser los humanos sino simples parásitos de un mundo cada vez más deteriorado por nuestra ambición y sed de poder? Quizá ni siquiera lleguemos a eso, quizá lo mejor sería que la humanidad nunca hubiese existido.

Y, de entre todas las posibles preguntas sin respuesta, una de las más desafiantes y al mismo tiempo banal es: ¿para qué demonios existen este mundo, la humanidad y el ser?

No quedan razones para existir, todo se ha tornado gris y patético. Solamente soy como una hoja seca que es arrastrada por el viento sin rumbo alguno, ¿no será eso acaso algo parecido a estar muerto?

Nadie vendrá a salvarme esta noche, no queda nada por lo cual seguir aquí. Es mejor tomar la navaja y plasmar en estas paredes derruidas los últimos versos sangrientos de esta alma en agonía absoluta.

La soledad no es siempre agradable, pero, incluso en sus más sombríos momentos, es mil veces preferible que la compañía de esos nauseabundos seres llamados humanos.

Todos los problemas del ser son solo consecuencia de una última verdad que no se quiere aceptar: el sinsentido de la existencia.

Te extrañé durante mucho tiempo, durante muchos días, semanas, meses y años... Pero hoy realmente me doy cuenta de que nuestro amor fue solo un absurdo como todo lo demás, de que haber estado juntos no significó nada. Y todo este tiempo solamente la soledad, la desesperación de existir y el hartazgo existencial extremo fueron mis compañeros, pero así fue mejor. Lo único de lo que en verdad me arrepiento es de no haberte asesinado antes de haberme colgado.

Entiendo por qué la gran mayoría de las personas prefieren seguir una religión o alguna tontería esotérica, y es debido a que siempre será más fácil creer en algo que no puedes ver ni tocar que reflexionar por ti mismo y comprender el funcionamiento de aquello que no depende de nuestra patética imaginación.

En este mundo, pensar por uno mismo es el peor de todos los crímenes.

Lloraba todas las noches solo acompañado por mi almohada y mis delirios adimensionales, experimentando una profunda tristeza al saber que,

irremediablemente, despertaría al amanecer y tendría que existir un día más en este execrable infierno humano.

El suicidio es, quizá, demasiado bello para que criaturas tan repugnantes como nosotros puedan experimentarlo. En cierto modo, la gente que se suicida sí es superior al resto; aunque quizá solo si se suicidan reflexivamente.

Hay cierta belleza en aquellos seres que se matan tras una profunda reflexión y no por impulso, aunque acaso no exista ni un solo ser que haya podido llegar a tal reflexión y luego, sublimemente, quitarse la vida.

Los ángeles esperan por nosotros en su dimensión de sangre y lágrimas, tan solo debemos aceptar la muerte para emanciparnos de nuestra repelente humanidad.

Todo se rompió el día que te largaste, pero ahora esas memorias son incluso basura, pues lo único que resta por hacer es dejarse caer lentamente en las aguas del más allá.

Secaré tus lágrimas con mis besos y no me importa si esto que compartimos es o no amor. Lo único que ahora quiero es unirme contigo y volar juntos hacia una realidad un poco menos miserable.

Lo que deseo es tenerte un poco más, aunque al amanecer sé muy bien que te irás para siempre. Pero no importa, yo también me habré ido a un lugar del cual me será imposible volver. En fin, me dio gusto haberte conocido. Me mataré con tu inefable sonrisa plasmada en cada recodo de mi trastornada mente.

¿Cómo sabremos lo que es morir si ni siquiera tenemos la certeza de que estamos vivos? ¿Cómo morir cuando ni siquiera estamos seguros de haber vivido?

VI

Me perdí en el dulce fulgor de tu mirada y en la mágica belleza de tu silueta, pero lo que más me encantó de ti fue tu mente: tan retorcida como un laberinto y tan oscura como el abismo.

Las sombras producían sonidos parecidos al canto de una sirena, mismos que me producían un grave desorden, pero que, a su vez, me deleitaban con visiones de una existencia ulterior y no humana. Solo podía esperar tontamente, esperar en aquel cuarto blanco hasta que mi corazón fuera devorado por la oscuridad del vacío.

Quisiera tanto que hubiera una manera de poder escapar de este mundo o, al menos, de mí mismo, pues odio a morir todo lo que es y lo que soy.

Mi existencia fue solo un error aleatorio, una patética ilusión dentro de una realidad totalmente fracturada.

Las manchas rojas en mi cara eran de mi propia sangre, yo mismo corté mis muñecas y me unté el rostro, porque al menos así podría hacer esta mescolanza de emociones destructivas más palpable y, tal vez, me animaría a matarme de una buena vez.

No sé por qué siento que te amo, solo sé que me gusta sentir eso. Sí, me encanta amarte desproporcionadamente, pues eso me hace sentir que me amo a mí también.

Tenía demasiados problemas, según veía. Sí, demasiados traumas, trastornos y desórdenes, pero, el mayor de todos y del que no podía librarme por más que lo intentara era solo uno: existir.

Nadie me dijo que la vida debía ser bella, pero tampoco nadie me advirtió que iba a ser tan absurda y horrible.

Todo está mal, la existencia es algo indeseable. La única catarsis posible para este desastre innombrable y humano no podría ser otra sino el suicidio sublime.

Hay un infierno, de verdad que sí. Lo he visto con mis propios ojos y lo he sentido en mi propia carne: se llama mundo humano y es peor que cualquier descripción ilusamente plasmada en absurdos libros.

Lo que me gusta de la muerte es que solo acontece una vez, no como la vida, que debemos experimentarla un día tras otro y siempre con ese inexpugnable matiz de absoluta insustancialidad.

No puedo estar conmigo mismo ni un solo instante más, pues mi mente es mi mayor enemigo. Te pido que te quedes solo esta noche y abracés mis intestinos hasta esparcirlos en el vacío, que convenzas a mi alma de no abandonar este cuerpo mientras hacemos el amor.

Y la verdad es que no quería aceptarlo, pero sí: te necesito demasiado, quizás incluso más de lo que necesito la muerte.

No te vayas todavía, aún podemos pretender que nos amamos una última vez; aún podemos revivir esos momentos cuando todavía refulgía en nuestro interior un delirio llamado amor.

No dejaré de extrañarte, pues tú eres la inspiración que le queda a este marchito corazón para proseguir con su débil palpitar. Te lloraré más de lo que podrían llorar todos los cielos, te amaré hasta que se extinga esta asquerosa raza humana y te recordaré resplandecientemente cuando al fin el suicidio en mi patética vida se haga presente.

De todas las malas decisiones posibles, amarte fue sin duda la peor. Jamás debí confiar en alguien como tú, que tan solo iba a hacer trizas este ya de por sí triturado corazón.

No digas que me amas si no me vas a matar después, pues esa es la única forma de amor que aceptaré de ahora en adelante.

Te amo, pero no me parece adecuado expresarlo con tan humanas palabras. Prefiero mejor demostrarlo y hacer por ti lo que nunca nadie haría: emancipar tu espíritu de esta execrable realidad.

Fui al hospital de almas ayer, pero me dijeron que ya no había cupo y que, además, la mía ya no tiene remedio; su única cura posible es la desaparición de cualquier plano o existencia posible.

Esa boca tuya me trastorna y me hace añicos la mente, ¿será acaso porque dentro sus bellos labios puedo vislumbrar un camino hacia la auténtica verdad del ser: la muerte?

La autodestrucción es la mejor expresión de amor propio que pueda existir.

Psicólogos, psiquiatras, curanderos, gurús de autoayuda, guías espirituales, grandes maestros y demás ingenuos... Al fin y al cabo, meros títeres de la pseudorealidad que, a su manera, intentan prolongar nuestra absurda estancia en este pantano de podredumbre infinita que es la existencia terrenal.

No conocía mejor forma de liberar tensión que no fuera lastimando mi cuerpo una y otra vez hasta el amanecer, ensangrentando las paredes de esta pringosa habitación con mi asquerosa sangre humana.

Abrázame lo más fuertemente que puedas y no me sueltes por nada del mundo, pues esta será la última vez que puedas hacerlo, ya que, en cuanto el sol se oculte, habré puesto punto final a esta ridícula pesadilla llamada mi vida.

Solía fornicar todas las noches con eso, untando mi rostro con sus fluidos viscosos y decorando mis entrañas con sus negruzcas garras, pero un día me abandonó y no pude hacer menos que extrañar sus visitas nocturnas. Creo que la única manera de traer de vuelta a aquella entidad es ya no tomar esas tontas pastillas que me recetó el psiquiatra, aunque tal vez eso haría que me encerraran de por vida.

Sí, también rezo cada noche antes de ir a dormir, pero no por las razones que lo hacen los demás ingenuos. Yo rezo por la destrucción absoluta de este mundo, por la extinción de la raza humana, por la desaparición de esta dimensión, por el nuevo gran diluvio, por la inexistencia...

Mi felicidad, lo sé muy bien, solo la conseguiré cuando al fin haya cesado mi deplorable y banal existencia. Mientras continúe respirando en este ominoso mundo, imposible me será atisbar una mínima pizca de satisfacción.

No, no quiero que me ames; eso me repugnaría demasiado. Lo que quiero es que me odies, que me odies con todo tu ser, que me odies tanto como para quitarme la vida, pues solo así podrás apaciguar nuestra sed de ira y destrucción.

La tristeza nunca se terminará, sino que continuará devorando mi ser y retorciendo mis pensamientos en formas cada vez más ominosas. Lo único que, espero, pueda frenar esta condición diabólica de psicosis depresiva es la muerte, ya sea la de otros o la mía.

La auténtica locura es creer que este mundo es algo sensato, que la humanidad es algo bello, que la vida es algo sagrado y que la existencia tiene algún maldito sentido.

¡Qué cansado resulta experimentar esta vida absurda y miserable! ¿Acaso no pueden notarlo esos zombis a mi alrededor? No, creo que no. Ellos, los humanos, están demasiado satisfechos con su propia miseria, revolcándose día tras día en este pantano de infamia conocido como civilización.

Se suele decir que la muerte mata, pero yo creo que la vida mata más y de peor manera, pues mata sin matar de verdad mata por dentro, mata el alma.

Pensaba que la existencia, en particular la mía, no tenía por qué ser tan deprimente y absurda, pero no tenía ninguna razón para que fuera de otra manera.

VII

Buscando razones por las cuáles vivir es como llegué a darme cuenta de que tan solo el suicidio me haría bien.

Y, si algún día pudieras mirar las cosas desde mi perspectiva, si pudieras sentirte como me siento cada día en esta repugnante realidad, seguro que te pegarías un tiro de inmediato.

La inexistencia absoluta debe ser lo más sublime que pueda, irónicamente, existir. Lástima que para seres tan banales como nosotros se trate solo de una quimera que carcome el interior de los verdaderos suicidas.

Si esto es todo para lo que está destinada la raza humana, mejor sería que nada hubiese existido jamás.

Desde el momento en que llegamos a este mundo vil, estamos condenados al sufrimiento sin sentido y a todas las penurias que esta horrible realidad nos tiene preparadas; porque, en efecto, esta existencia solo se trata de sufrimiento, agonía y desesperación.

Esos sueños donde podía visualizarme como una entidad completamente diferente a mi vomitiva humanidad eran los mejores momentos de mi vida.

No hay límites en el hartazgo y la frustración que pueden experimentarse en esta cárcel existencial, por eso debemos nosotros poner punto final mediante la sublime esencia del suicidio.

De todos los escenarios posibles después de esta insulsa vida, creo que el que más me aterra es el de la reencarnación.

Los lamentos de aquella criatura no me producían miedo ni nada por el estilo. Eran gruñidos y arañazos los que, tal vez en mis delirios, se acercaban cada vez más desde el fondo de mi ser. Pero me agradaba que estuvieran ahí, escucharlos a toda hora y en todo lugar, pues al menos así no tenía que escuchar a los humanos y sus estúpidas charlas.

Las creencias de las personas son lo más asqueroso que pueda existir, pues confieren una falsa esperanza que, a su vez, perpetúa esta horrible existencia.

No queda nada por plasmar, nada por experimentar. Todo lo que resta ahora es el vacío, el olvido, el final, el colapso de este absurdo y nefando camino hacia la horca.

Existo, soy humano y soy yo. Partiendo de este horripilante trío de condiciones es que todo lo demás se arruina y carece de sentido.

Por supuesto que no pasaré este San Valentín solo, lo pasaré con mi soledad, que es más bella y placentera que cualquier humana y banal compañía.

Una bala es todo lo que necesito, una maldita bala incrustada en mi cabeza y entonces esta maldita y patética pesadilla habrá finalizado para siempre.

Pensaba en tu traición, en lo que sentí durante aquellos momentos en los cuáles te miré besando a alguien más. ¡Qué iluso era yo entonces! Creí todas esas tonterías sobre el amor que la gente parla comúnmente, pero hoy soy diferente. Hoy no me importa si te besas con todo el mundo mientras pueda, al menos, follarte cada noche.

Todos mienten, esa es la verdad. Por eso, es mejor encontrar a alguien que al menos, después de todas sus mentiras, todavía quiera compartir un poco de verdad con nosotros.

Aquel sonido melancólico me desgarraba el pecho y atrofiaba mi cerebro. Era casi como un gran conjunto de ángeles negros soplando hacia el infierno, ofreciendo salvación a los desamparados y solaz a los enriquecidos. Si tan solo pudiera ser real el grito, haría del suicidio mi mejor aliado en este pandemónium humano.

Jamás te lo dije porque no quería lastimarte, pero la verdad es que yo te engañé mucho antes que tú a mí. Y fue tan placentera la sensación que no

pude evitar hacerlo una y otra vez hasta que incluso eso se tornara cotidiano y aburrido.

Todo lo que odio de ti es exactamente lo que más amo de mí en el interior de mi subconsciente. Y todas las cosas que detesto de mí son las que me hacen amarte en tu esencia más profunda.

Nos complementamos mejor que nadie, pues ambos añoramos no volver a despertar y nos animamos a matarnos cuanto antes para consagrar nuestro amor.

El suicidio debería ser considerado como un servicio de salud, pues, en este mundo corrompido e insano donde la existencia no es sino una calumnia, la muerte parece ser la única posible cura.

La frustración que siento es demasiada, el asco hacia mí mismo no cesa ni un instante. Todo es gris y está podrido, todas las rosas están marchitas y los colores apagados. Canta un pajarito afuera, sacándome de mi sopor. ¿Será hoy el día en que finalmente concluya esta tortura? ¿Tendré el valor de tomar la navaja y hundirla en mi cuello? Ruego a dios porque sí...

No tenía caso, nunca lo tuvo sinceramente. De nada servía intentar explicar a otros lo que sentía, hablarles de la desesperación de existir y del hartazgo existencial extremo, pues era evidente que títeres como ellos nunca lo entenderían. ¡Basta ya de pláticas mundanas y de tontas confesiones! La hora ha llegado: hoy me suicidio sin importar nada más.

¿Existe acaso algo más desesperante y deprimente que el mero hecho de despertar por las mañanas, abrir los ojos con profunda desolación y saber que aún no hemos muerto?

Solo morir es la auténtica bendición, pues ¿desde qué clase de siniestra y blasfema perspectiva nacer en esta horripilante realidad humana podría ser una bendición? ¡No, mil veces no!

Una mujer embarazada es la mayor prueba de que la humanidad no debe seguir existiendo, pues ¿existe acaso algo más repugnante y vil que engendrar a otro miserable ser y, así, prolongar esta ignominia que es la raza humana?

Nadie está destinado a conocer a nadie, ni tampoco a ser apreciado, querido o amado. La realidad es que hemos sido engañados para creer que merecemos todas esas tonterías, esa es la gran trampa de la pseudorealidad. Pero lo único que en verdad merecemos es ser eliminados por completo con el más absoluto despliegue de odio y que jamás vuelva a existir criatura tan ruin y absurda como el ser humano.

Crucifícame con todo tu odio e incinera mis restos en la cúpula de los desterrados, porque eso es precisamente lo que merece un ser como yo. Pero antes prométeme que, más allá de esta podredumbre ridícula, no habrá ya nada más. Lo que necesito es desvanecerme, salvar mi mente de cada martilleo que resuena en la mandíbula del oscuro mañana.

La oscuridad es muy fuerte y mi frágil mente no resistirá sus embestidas. Solo puedo anhelar la muerte para escapar de esta prisión existencial donde he sido condenado a existir miserablemente en conjunto con los demás adefesios que pululan aquí. Todos los caminos han sido sellados y todas las opciones agotadas, ahora solo ruego por conseguir una navaja con la cual pueda, finalmente, poner punto final a mi deplorable tortura.

El sacrilegio de existir debería terminar cuanto antes, desde el momento en que damos nuestro primer respiro deberíamos ser aniquilados. Es más, desde que estamos en el vientre de nuestra madre deberíamos ser abortados y, de preferencia, que se asesine también a nuestros progenitores antes de que fornicuen. ¡Que se asesine a nuestros abuelos, bisabuelos y, demonios, a toda la humanidad!

E, indudablemente, todo lo que existe es en sí mismo solo un error del caos más nauseabundo, por eso debe ser purificado con la sublime extinción cósmica.

Nacer en este mundo es, quizá, consecuencia de haber muerto en otro. Y, con toda seguridad, este debe ser una especie de hiperinfierno al que somos arrojados como castigo.

No podía creerlo, otra vez estaba aquí en el mundo humano. Y yo que creía que suicidándome acabaría este sacrilegio miserable, pero ya veo que no. Veo, con profunda aflicción, que la muerte no es sino el comienzo de una nueva y deplorable existencia.

VIII

Recuerdo que su rostro, plagado de imbecilidad, me hartaba tanto como la existencia misma. Quería que la amara, pero ¿es que acaso no podía entender que yo ya no podía amar a algo humano? Y, desde luego, mucho menos a alguien tan asquerosamente humana como ella, con esos absurdos sueños de procrear y envejecer juntos. ¡Qué ilusa! Si tan solo

supiera que, en breve, me quitaría la vida de manera sublime: me suicidaría el día de su cumpleaños.

Me gustaría más ser un dinosaurio, pues así al menos no tendría que lidiar con todos estos problemas existenciales y tan solo me extinguiría.

Me preguntaban cuál era mi problema con la existencia sin saber que ese precisamente era mi problema: la existencia.

La existencia de todo me fastidia y me asquea, me induce a un estado psicótico del que no puedo escapar sino hasta haber liberado el odio acumulado mediante alguna conducta autodestructiva.

Y suele pasar que la persona que creemos que es el amor de nuestras vidas es la que, sin darnos cuenta (o incluso haciéndolo), termina absorbiéndonos la vida.

Para amar a alguien primero se debe estar dispuesto a renunciar a ser uno mismo.

El amor es un estado de absoluta estupidez, más allá todavía de la estupidez ya de por sí normal en el ser.

Sí, hoy en día no me cabe ninguna duda de que si hay algo en lo que el ser humano tiene un talento especial es en decir, inventar, pensar, sugerir y cometer toda clase de estupideces.

Nunca se debe creer que una persona es demasiado estúpida, pues la experiencia nos demuestra que siempre es posible superarse en ese sentido para el ser humano.

Y pasa que siempre que creemos que una persona no puede ser más imbécil, nos calla la boca y comete alguna nueva imbecilidad que rompe con toda imaginación posible que hayamos tenido. Esta conducta, cabe destacar, es la más sobresaliente en la especie humana.

La verdadera felicidad del ser no puede provenir de otra cosa que no sean el autoengaño, la ingenuidad, la ignorancia, la estupidez y, sobre todo, demasiada humanidad.

¿Quién iba a imaginar que el mono parlante llegaría tan lejos en su patético divagar por este caótico universo? ¿No es acaso ya tiempo de que se extinga tan repugnante e impía criatura para abrir paso a algo mil veces más evolucionado? Bueno, la esperanza es lo último que se pierde...

Y yo, sinceramente, comienzo a creer que la humanidad es solo el entretenimiento más vil de alguna entidad superior y siniestra que se regocija con tal mescolanza de estupidez, miseria e insustancialidad.

¡Pobre y tonta humanidad! Más le hubiera valido nunca haber existido, nunca haber ensuciado el orden cósmico con su nefanda esencia.

Algunas personas hablan de ser un asco de persona por determinadas razones morales o ciertas conductas hacia otros. ¡Pobres ingenuos! No se dan cuenta de que el simple hecho de ser algo, en especial de ser humano, ya es, sin importar cualesquiera cuestiones morales o de cualquier otra índole, algo sumamente vomitivo y abyecto.

Nada podría caerme mejor en este momento que un maldito rayo del cielo, así que Zeus o quienquiera que seas, dínate de cumplir mi última voluntad, ¡te lo imploro!

Siempre me causó enorme gracia cuando las personas solían preguntarme qué quería ser de grande. ¡Nada! ¡En verdad, nada! ¡Eso quería y quiero! ¡Ser nada, no ser, no existir! ¡No haber existido jamás, que nada hubiera existido jamás!

Por favor, yo ni siquiera quería nacer. ¿Por qué asumen que querría ser algo o hacer algo con mi vida? ¡Déjenme en paz con mis escritos suicidas y mis delirios! O ¿es que acaso no ven que su simple existencia me produce asco y que, si pudiera, los mataría a todos en este mismo instante?

En fin, así son los humanos: seres deplorables cuya existencia no podría ser otra cosa sino una blasfemia y nauseabunda equivocación.

¡Qué tonta y patética es la raza humana! Con razón, y ahora lo sé bien, está condenada a la esclavitud eterna en esta prisión existencial.

Esta existencia no podría ser otra cosa sino una cárcel de sufrimiento sin sentido y de abyección sin parangón. Y ¡pensar que algunos ilusos incluso agradecen tal miseria!

El ojo del abismo ha penetrado muy profundamente en mi alma y ha puesto al descubierto mi auténtica naturaleza más allá del adoctrinamiento inicial. Ahora es momento de poner en práctica estos descubrimientos y asesinar sin parar hasta que el cuchillo se incruste en mi propio corazón.

Mientras exista la asquerosa raza humana, el mundo jamás será un buen lugar para vivir.

¡No, no y no! ¡Mil veces no! ¡Esta existencia no puede ser algo bueno ni valioso! Y, quien piense lo contrario, que primero acabe con todo el sufrimiento y el malestar que imperan en el mundo, y luego que me contradiga.

No hay peor sensación que la de saber que mañana despertaremos y todo seguirá igual, tan aburrido y absurdo como siempre. Ahí estarán las personas con sus estúpidas caras y sus banales pláticas, el sol con su molesto reflejo, las oficinas con sus abusivos horarios laborales, el maldito tráfico de mierda, las tontas obligaciones diarias, la existencia en sí misma siendo un asco...

El hartazgo y la náusea de existir se incrementaban cada día que pasaba en este miserable mundo plagado de estúpidos seres adoradores del sexo y el dinero, incapaces de atisbar la sublime belleza que se parapetaba en la poesía suicida.

La verdadera desesperación es considerar la horrible posibilidad de que, al morir, no acabe para siempre esta absurda existencia; es más, que continúe en una realidad aún peor.

Lo único que añoro con todo mi ser es la inexistencia absoluta, pero, con inmanente melancolía, contemplo tirado en mi cama la inexistencia de tal condición. Y eso, ¡maldita sea!, me trastorna infernalmente.

Si pudiera volver atrás, indudablemente mataría a mis padres, pues solo así podría poner fin a esta delirante paradoja existencial de infinito sufrimiento.

Y pasa que, por alguna inusitada razón, siempre las personas más interesantes son los suicidas, los asesinos, los locos o, extrañamente, los muertos.

No podía dejar de pensar en lo aburridas y tontas que me parecían las personas que querían vivir; es decir, la gran mayoría de la patética raza humana.

Si dios realmente ama tanto a la humanidad como algunos imberbes dicen, entonces que se digne en mandar un diluvio eterno.

Mientras sigamos existiendo, todo será insoportable. La única manera de poner fin a tal martirio es cruzando el umbral de la sublimidad máxima: el del suicidio.

IX

No vale la pena hacer absolutamente nada desde el momento en que comprendemos que nada tiene sentido en esta pestilente existencia.

Jamás comprenderé cómo pueden los seres de este mundo apasionarse por algo, incluso si es algo de lo más trivial. Supongo que esa es una

pintoresca habilidad de la naturaleza humana para pretender que vale la pena luchar por algo, para autoengañarse demasiado.

Creemos estúpidamente que somos importantes y que todo tiene un sentido, cuando somos más insignificantes en el universo y en la existencia que lo más insignificante que pueda imaginar nuestra insignificante mente.

El monstruo verde que desgarraba mi interior ya no podía ser silenciado por más tiempo, pues me instaba a acabar con toda vida posible a mi alrededor, incluso con la mía.

El veneno infame que corrompía mi alma se llamaba existencia y la única cura posible era la muerte.

Y en ese último beso sabrás las ganas que tenía de contemplarte, aunque fuese solo un momento, antes de mi indispensable suicidio.

Tuve que asesinarla aquella noche, no tenía otra opción. La verdad es que no podía permitir que su inefable belleza perteneciera a alguien más ni que su ínclito cuerpo fuese auscultado por un simple humano.

Y, cuando creemos que de verdad podemos comenzar a amar, nos percatamos de que ya ni siquiera estamos enamorados.

No sé qué era más horrible: saber que hoy tampoco podría morir o saber que ella ya no volvería al anochecer.

Los muros de esta casa susurran tu nombre y la sangre que escurre siempre tiene tu reflejo. ¿Cómo demonios se supone que podré olvidarte cuando absolutamente todo aquí evoca tu magnificante y prístina esencia, misma que ahora le pertenece solo a la muerte?

Las gotas de lluvia adornan el triste y fatídico escenario que ahora se me plantea. Y recuerdo todavía tus últimas palabras, tus últimos besos y caricias, tu nota suicida...

Si pudiera hacer que te quedaras solo una tarde más, podría entonces sonreír y sentir que la existencia no es tan sombría y absurda.

El sabor de tus besos me parece lo más cercano a la más inefable perfección en este mundo ahído de absurdas contradicciones e infinita putrefacción.

El pánico vuelve y desarma mis pobres intentos por aceptar esta nefanda realidad. Todo se torna sombrío, los escritos se despedazan en el silencio más suicida y tu ausencia únicamente contribuye a mi obsesión homicida.

El color de tus ojos era verdaderamente fascinante, algo mucho más allá de la banalidad humana. Y no podía evitar cuestionarme cómo podía existir un ser así como tú: tan perfecto y deprimido, tan hermoso y triste a la vez, tan bellamente solitario.

Se acabó nuestra historia, se murió nuestro supuesto amor. Al menos espero que todo ahora sea más sencillo, que ahora sin ti me resulte más fácil aspirar el dulce aroma del suicidio.

Todo lo que ella me hizo experimentar quedaría tatuado para siempre en lo más profundo de mi ser. De la manera en la que a ella la llegué a amar fue algo que nunca imaginé, pero que, como todo en este mundo, se pudrió lentamente hasta fenecer en el caos más absurdo.

Los lamentos están de más, no hay ninguna explicación que resulte ahora convincente. Y, aunque esto me destroza, debo aceptar que sí, que este es el hasta nunca para dos almas tan rotas como las nuestras.

Realmente el mundo, la humanidad y el ser no tienen ninguna razón para existir; son tan solo, a lo mucho, un absurdo error de magnitudes inconcebibles.

Y pensaba que ese era en el fondo mi problema: entre más acompañado estaba, más solo me sentía; entre más feliz aparentaba estar, más asqueado de todo y de todos me sentía.

Ese hombre que viene a lo lejos trae un cuchillo y piensa usarlo en su propia familia... Lo único que realmente me aterra es que ese hombre... ¡Soy yo!

¿Qué podría existir que fuese más hermoso y sublime que el suicidio causado por un profundo estado de infinita y reflexiva desesperación existencial?

Y, para nosotros los suicidas, incluso el suicidio tiene algo más vivificador que la vida misma. Es casi como un catártico renacimiento en un confuso más allá, en un plano desconocido donde por fin podemos ser nosotros mismos.

Cuando la depresión se convierte en parte de nuestra absurda rutina, es entonces cuando la vida y la muerte se tornan indiferentes.

Lo que pensaba era que esos breves momentos de escasa tranquilidad y esos simulacros de efímera felicidad no podrían de ningún modo justificar todo el sufrimiento y la agonía que experimentaba al existir.

Ya ni siquiera sabía cómo se sentía la compañía de alguien, pues llevaba tanto tiempo odiándome en soledad que había terminado por acostumbrarme a una especie de misantropía sumamente extraña y suicida, pero también muy placentera.

Las fotografías de mi alma han perdido el color, ahora solo me resta acabar conmigo y sellar así los versos de un inmundo pecador.

El mundo es horrible, de eso no me cabe la menor duda. Pero el ser, por lo visto, siempre se empeña en hacerlo aún mucho peor.

Sí, en ciertas ocasiones concluía que yo era un tonto en un mundo donde ser y pensar diferente no servía de nada, donde cuestionarse lo establecido, dudar de todo y reflexionar por cuenta propia era dañino para la supuesta felicidad que tanto se pregonaba entre el absurdo rebaño.

El problema, finalmente, consistía en que yo era un ser absurdo, pero uno que sabía que lo era; un esclavo de esta existencia infame, pero uno que no podía amar su propia esclavitud como el resto.

Y, cuando descubrí lo absurdo y miserable que era todo, ya era demasiado tarde, pues ya estaba demasiado contaminado por esta asquerosa realidad

como para abandonarla por cuenta propia. Y eso era, en el fondo, lo que más me torturaba: permanecer en una existencia que odiaba con todo mi ser y sin la menor posibilidad de llevar a cabo el hermoso acto suicida.

No podía evitar una mueca de absoluto desprecio cada vez que lo miraba. Sí, era horrible tener que soportarlo, siempre con esa pestilente cara y ese nefando cuerpo. Lo mejor sería quebrar de un puñetazo todos los espejos, pues no soporto al ser que en ellos se refleja: yo.

Nada más falso que el supuesto amor humano, pues se trata tan solo de una quimera más para asegurar la reproducción de esta raza de monos adoctrinados.

X

Estaba tan asqueado de todo que incluso mi muerte me fue absolutamente indiferente.

El suicidio es casi una obligación cuando se reflexiona un poco más allá de la falsedad en la que tan estúpida y ciegamente hemos decidido creer.

Ante la estatua del sufrimiento se plantaba mi ser, acongojado y en llanto, sin ningún deseo por volver a respirar, sin ningún sueño que cumplir, sin ningún mañana que vivir...

En mi existencia no había ninguna sorpresa, ningún motivo que me hiciera desear estar vivo. Todo era monótono, absurdo y ridículo. ¡Cómo odiaba esa sensación! Lo único que quería era vomitar mi vida, ahogarme en mi propia sangre, olvidarme para siempre de mi maldita miseria y, en último término, disolver esta insana desesperación mediante el acto suicida.

Sonrió antes de rajarse el cuello, pensando que al fin todo sería felicidad. Sí, encontraría en la muerte una felicidad que en la vida jamás pudo ni siquiera rozar.

El mejor día de mi vida será cuando se lleve a cabo mi funeral, solo así me sentiré mínimamente complacido.

Esas voces no se callaban con nada, sino que cada vez incrementaban su intensidad. Parecían como las sonatas de una monstruosidad que carcomía mi interior cada noche y que, durante el día, me hacían sentir una repugnancia sin igual.

La nostalgia no se iba, las pastillas y las botellas no remediaban ya este vacío. Únicamente quedaba una cosa por hacer: encajar esa maldita navaja en mis venas y dormir por siempre.

Ya no soportaba estar en mi habitación, ya no soportaba ser yo. Todo lo que quería era gritar, correr, asesinar, llorar y reír. Tan solo quería hallar lo imposible: una razón para seguir viviendo.

La verdad no existe, tan solo existe una cantidad casi infinita de mentiras con las que podemos matizar nuestra absurda y patética realidad.

Antes de morir, lo único que quiero es vomitar todo lo que viví en esta infame existencia hasta que no quede nada de mí; es decir, hasta que la muerte ya ni siquiera pueda quitarme algo.

La reproducción es lo más básico en el ser y, sin duda alguna, lo más estúpido.

Me resulta imposible no odiar a la humanidad, pues basta con salir a las calles para detestar infinitamente a tan deplorable y banal especie.

La humanidad debe ser, a lo más, solo el vil entretenimiento de alguna clase de retorcida entidad superior.

No sé realmente por qué asesine a todas esas personas, pues no tuve ninguna razón en particular. Tan solo me repugnaba infinitamente ver sus estúpidas caras, escuchar sus execrables voces, contemplar sus miserables acciones y, sobre todo, soportar sus patéticas y estúpidas vidas tan asquerosamente humanas.

A los humanos no se les debería permitir la muerte, pues es algo demasiado bueno para tan miserable criatura. Deberíamos mejor dejar que pudran en su infinita banalidad.

Es verdaderamente superfluo y avasallante contemplar de manera plena la infinita cantidad de sufrimiento y agonía que imperan en este mundo deplorable sin importar lugar o momento. Y es aún más desconcertante, teniendo en cuenta lo anterior, observar a tantos miserables que se dicen agradecidos de estar vivos y que, llevando al límite su estupidez, todavía tienen el descaro de reproducirse.

Matar a una mujer embarazada es algo fantástico, pues cumplimos a la perfección el dicho “dos pájaros de un tiro”, y evitamos así la nauseabunda existencia de otro execrable ser que bien podría contaminar demasiado este ya de por sí corrompido y putrefacto mundo.

La humanidad aún no está preparada para grandes cosas y tal vez nunca lo esté. Quizá, por lo mismo, lo mejor sea exterminar de una buena vez a esta raza absurda que no tiene pies ni cabeza y cuya existencia representa solo una blasfemia universal.

No era bueno ponerse a reflexionar seriamente sobre la vida, el mundo, la humanidad, la existencia, el universo, el ser, yo mismo... Pues irremediablemente estas reflexiones no podrían conducir a algo más que no fuera una insaciable necesidad de suicidarse cuanto antes.

Todo el tiempo estamos en una constante lucha interna, fluctuando entre el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y la oscuridad. Esta lucha, ridícula en sí, se mantiene mientras nuestra percepción permanezca abierta, pero, por desgracia, en el mundo actual se busca que nos inclinemos hacia un lado u otro demasiado pronto de acuerdo con los intereses de aquellos quienes gobiernan esta repugnante realidad.

No tengo ninguna prueba suficientemente convincente de que existo o de que no, tan solo me hallo suspendido en un limbo infernal del cual no puedo, por más que lo añore, escapar.

Huir de este mundo tan pronto como sea posible debería ser nuestra prioridad, aunque lamentablemente la mayoría de nosotros hace exactamente lo contrario: perpetuar este sacrilegio existencial hasta el límite.

No tiene caso hablar ni relacionarse con nadie, pues cualquier charla o compañía está destinada al absurdo desde el instante en que decidimos seguir viviendo.

Y la única compañía que deberíamos buscar debería ser indudablemente la de la soledad, pues la única que, sin importar nada más, estará con nosotros hasta el fin y quizá más allá.

Todo lo que hacemos carece de sentido y de propósito, tan solo es nuestra mente engañada la que nos convence de que es importante continuar con nuestras ridículas actividades humanas.

Nadie entiende a nadie, nada está destinado a nada. La cruda verdad es que nuestra existencia es solo producto del azar y que, al morir, todo seguirá siendo igual de irrelevante que cuando estábamos vivos.

“Al menos tengo al suicidio para consagrarme”, fue lo que pensó aquel sublime asesino cuando decidió quitarse la vida después de haber liquidado a su vomitiva familia.

Tantas mentiras nos han contado desde que llegamos a este mundo que tal vez el mero hecho de existir sea solo una de ellas, y quizá la más peligrosa.

Cualquier cosa que pensemos, digamos, hagamos o pretendamos será un absurdo puesto que estará englobada en un absurdo universal como lo es la existencia, especialmente la humana.

Tan solo quería que se callaran aquellas ominosas voces que repetían una y otra vez esos luctuosos lamentos de agonía, pero no podía ser así, pues la única forma de silenciar para siempre aquella barbarie de pesadilla que habitaba únicamente en mi cabeza era incrustando una bala en esta.

La sombra del sol se cierne sobre mí como una paradoja adimensional, desfragmentando mis recuerdos y fundiendo mis sesos con la esencia de la muerte. Al fin todo se terminará del modo más trágico posible: con tu partida y con mi suicidio.

Lo vuelvo a decir, aunque ya lo haya mencionado hasta el cansancio y me lo repita una y otra vez en mi mente: esta vida no vale nada, la muerte lo vale todo.

XI

La muerte solo ocurría una vez, al menos hasta donde se sabía, y tal vez en ello radicaba su magnificente belleza. No como la vida, que ocurría todos los días y siempre con ese característico matiz de blasfema insustancialidad.

Las cadenas nos son colocadas tan pronto como comenzamos a existir en este nefando mundo y quien sabe si acaso la muerte pueda disolverlas o, irónicamente, fortalecerlas.

El derecho a no existir debería ser decretado tan pronto como fuese posible, pues no me parece para nada justo que los progenitores decidan

la existencia de un ser que ni siquiera puede emitir una opinión al respecto. Por eso, una vez que se es consciente de existir, deberíamos poder elegir si queremos o no continuar haciéndolo.

En realidad, absolutamente nada nos dicta que la vida es algo bueno o que debemos vivir. Todo eso son solo tonterías que las personas se han inventado y que la gran mayoría de títeres han creído.

¿Por qué debía de agradarme esta existencia? ¿Por qué debería de sentirme agradecido por estar aquí? ¿Por qué debería de seguir viviendo cuando no hallaba razones para ello? Estas y más preguntas no dejaban de atormentarme diariamente, y la inevitable conclusión no podía ser más deprimente: no había tenido elección, había sido obligado a existir.

¡Qué triste es todo! Realmente quisiera poder cambiar las cosas, hacer algo al respecto, pero sé que no tiene caso. La humanidad, este mundo, esta existencia y demás cosas concernientes ya no me importan, pues lo único que añoro ahora es la muerte.

Doy esta parte de mi ser para ti, con la ilusa esperanza que puedas brindarme un poco de refugio entre tus brazos.

Me he encargado de preparar mi propia tumba, de ajustar todos los detalles y de enviar todas las invitaciones. Hoy, cuando deje de llover, vendrán todos a mi apartamento para celebrar mi partida de este funesto mundo. Dejé preparado un banquete y café, en caso de que alguien desee alimentarse junto a mi cadáver que estará colgando como un péndulo y goteando sangre como una llave.

No es la vida lo que debemos buscar y esparcir. Al contrario, es la muerte la que debemos procurar a la brevedad y extender a toda la humanidad.

La mayoría de las personas son tan simples y banales que ni siquiera vale la pena malgastar un poco de saliva en ellas o dirigirles una abyecta mirada.

Me dijeron que estaba despedido y la verdad no supe ya qué hacer: si sentirme triste o feliz. ¿Debía suicidarme o buscarme otro empleo? La verdad es que la primera opción siempre me pareció la más convincente y ahora tenía el pretexto perfecto.

Dije que te amaría el resto de mi vida, pero pasó exactamente lo opuesto, pues, en lugar de amarte cada día más, te odiaba cada día más. Así pues, me vi obligado a quitarte la vida. Aunque, ahora que lo pienso, quizás esa sí que fue una verdadera demostración de amor.

El amor no existe, tan solo se trata de un poderoso instrumento de manipulación que asegura la reproducción de esta raza infame con el fin de obtener nuevos esclavos que contribuirán a alimentar la pseudorealidad.

El amor tan solo se trata de dos tontos intentando contrarrestar el absurdo de la existencia mediante algo todavía más absurdo.

Y, cuando menos lo esperaba, me hallaba completamente solo. Pero me preguntaba si realmente esta condición era nueva; es decir, estaba rodeado de personas que me eran absolutamente indiferentes desde hace mucho y con quienes jamás podría haber congeniado. Ahora todos esos títeres se habían alejado de mí, o yo de ellos. Daba igual, lo importante era

que al fin me hallaba en mi estado natural: solo y enfocado en mi inminente suicidio.

Entonces todo se tornó irrelevante, todas las personas, los lugares y las pláticas. Ya no importaba ser creyente de algo o no, tener un doctorado o ser un mendigo, hacer muchas cosas o pasar el día tirado en cama, ejercitarse o embriagarse. Porque ahora todo era solamente un espejismo que había sido rellenado, paradójicamente, con un vacío infernal que ya nunca se iba. Y la única forma de rellenar, a su vez, este vacío, era con la sublime esencia de la muerte.

Un nuevo día comienza ya y no podría causarme más disgusto y aflicción, pues significan veinticuatro horas más de desesperación existencial y de hartazgo existencial extremo que masacrarán con punzante furia mi adolorida alma.

Sé que volverá porque habita en lo más profundo de mi ser. Tal vez por ahora puede que esté ligeramente tranquilo, pero irremediablemente volverá y esta vez con mayor fuerza, tal y como lo ha hecho en el pasado. Se va por un tiempo, pero siempre vuelve más fortalecida. Hablo, desde luego, de la desesperación de existir.

Nunca comprenderé a esas personas que abusan de los niños cuando claramente es preferible abortarlos.

No sabía que había acontecido durante la noche, creo que perdí el conocimiento demasiado pronto después de la metamorfosis psicótica. Ahora tan solo me hallaba en medio de un charco de sangre y con sus cuerpos esparcidos entre espejos rotos. Sí, sus cuerpos sin vida y con múltiples heridas de arma blanca; los cuerpos de los que hasta la noche pasada habían sido mis hijos y mi esposa. En mi mano izquierda tenía un

cuchillo cuyo resplandor me embriaga por alguna extraña razón. Y cuando finalmente recuperé el control total de mi mente, una extraña voz me susurró lo que intuía ya con cierta mezcla de confusión y placer: “tú eres el asesino”.

No existe sensación más profunda y poderosa que la desesperación de existir, pues ni siquiera el amor o el odio taladran tan incipientemente la mente como aquella desdichada. Y, lo peor de todo, es que se nutre con los deseos suicidas que surgen a cada momento sin que se complete el acto principal.

De nuevo la misma basura: nacer, crecer, reproducirse, morir. ¡Qué lamentable! La reencarnación no es otra cosa sino la esencia del encarcelamiento existencial que padecemos y que tanto odiamos.

En esta vida es preferible ser una mala persona, un egoísta, un imbécil, un estafador, un político, un religioso, un ignorante, un mantenido, un ladrón, un violador o cualquier otra cosa repugnante, pues pareciera que esa es la forma de ser feliz aquí. E incluso la justicia y la sociedad promueven tales conductas, ya sea abiertamente o no.

Ya mi vida ha sido demasiado triste, según veo. Y por eso, quizás ilusamente, espero que todos estén felices en mi velorio, pues al menos así mi muerte será un suceso feliz.

La existencia, especialmente la humana, no es algo que deba amarse, cuidarse, promoverse, perpetuarse ni ninguna de esas tonterías; más bien lo que debería hacerse es destruirla por completo hasta que no quede el más mínimo vestigio de ella.

Es incluso gracioso notar cuán engañadas están la mayoría de las personas y cuántas tonterías esparcen con su luctuosa verborrea donde quiera que vayan. Pero así es el ser, está absolutamente seguro de que sus creencias son verdaderas y no le pasa por la cabeza ni un instante que, muy probablemente, todo lo que hace, cree y dice carece de toda razón y sentido.

Llegó el punto en que las emociones y creencias de las personas me producían una náusea bárbara. Ya no podía tolerar por más tiempo su cerval ignorancia y la facilidad con la que eran adoctrinados. Pero ¿acaso matarlos no sería hacerles un favor? Es decir, mejor sería matarme yo con la esperanza que, en el más allá, jamás volviera a encontrarme con tan asquerosas criaturas.

Ya no tenía certeza de nada, tan solo de que ya no podía permanecer más tiempo en este mundo abyecto y absurdo.

Solemos creer que la muerte es el fin, pero, en realidad, no es así. Es más bien el comienzo de algo hermoso, poético y embriagante que contrarresta por completo con el absurdo de nuestras patética existencia: es el principio de la nada, del vacío, de la inexistencia absoluta.

Tan solo espero que, con la muerte, pueda desaparecer para siempre todo y que jamás vuelva a existir nada después: ni humanidad, ni realidad, ni yo.

En los peores momentos de mi vida, siempre tuve un enorme consuelo que me impulsaba, paradójicamente, a seguir viviendo un día más, aunque realmente no tuviera ningún sentido. Este consuelo del que hablo no tenía nada que ver con personas o cosas, sino con una idea: la idea del suicidio.

La fe no sirve para nada, es solo otro engaño más del ser para intentar atribuir un sentido a su miserable existencia. La fe, además, perpetúa la blasfemia de existir y le brinda al ser una tonta esperanza para que continúe esparciendo su ignominia infinita.

Una última palabra era susurrada por mis labios antes de vaciar la pistola en mí y disociarme para siempre de este cúmulo de absurdas contradicciones que era la existencia. Y es que realmente ya no hay nada, acaso nunca lo hubo, y solo me autoengañé tanto como pude en todas esas situaciones donde ya la muerte rondaba y yo la ignoraba torpemente. Pero hoy, al fin, es cuando llega a mí la salvación mediante un susurro que dice “catarsis de destrucción...”